

La cista de A Forxa. Vilariño das Touzas, Riós

La cista de A Forxa (Vilariño das Touzas, Riós) y el ajuar que contenía fueron hallados de manera casual por don Secundino Vieito Tarrazo, vecino del lugar, en una finca de su propiedad a primeros de octubre de 1995. Pocos días más tarde, él mismo y su hija comunican la noticia a través de diversos medios de comunicación, al tiempo que lo notifican a las autoridades locales, que alertan al Museo Arqueológico. Notificado el descubrimiento, los servicios técnicos de Arqueoloxía de la Dirección Xeral, y dada la importancia que parece tener el hallazgo, conceden al arqueólogo don Fidel Méndez Fernández, que por aquel entonces hacía controles en la autovía de las Rías Baixas, en la zona de Verín, un permiso para realizar una excavación de urgencia. En este se especifica que tanto los bienes en manos de su descubridor, que entrega generosamente, como los posibles hallazgos deben ser depositados en un plazo de cuatro meses en el museo.

Sobre las circunstancias del descubrimiento, nos contó *in situ* y con todo detalle su hija Manolita que la sepultura fue hallada durante el arado de una finca que estaba a monte para prepararla para sembrar centeno; razón por la que el arado mecánico tuvo que hincar más profundamente que de costumbre y quedó enganchado en unas losas, que saltaron y se rompieron. Cuando al día siguiente intentaron retirar el obstáculo para seguir trabajando, vieron que las losas formaban una caja que parecía una sepultura pequeña, por lo que comenzaron a vaciar su interior con una pala, encontrando en las esquinas de lo que parecía ser la cabecera, situada al noroeste, unos pequeños cacharros cerámicos, uno de ellos colocado sobre una losa pequeña y el otro cubierto por otra, como si fuera una tapadera. Intrigados y viendo que parecían antiguos, los cogieron y, en cuanto los tocaron, se deshicieron en pedazos. Se los llevaron para su casa y, más pronto que tarde, dieron la noticia.

En concreto, el lugar donde se encontró la cista está situado en la cuerda de una dorsal a más de 800 m s. n. m., de considerable anchura y bastante llana, que se inscribe en un dominio de penillanura amplia marcada por los ríos de Marcelín, Mente y Seara Nova. Desde el lugar se divisan todos los hitos arqueológicos del contorno: Serra da Urdiñeira, Valdamio -que guarda una cista de Edad del Bronce-, la mámoa da Chaira das Pozas, Valmedo, las huellas del Salto do Cabalo y todos los castros de la comarca, conformando un paisaje de sotos, prados y lameiros, con abundante caza y pesca y, según Cornide, uno de los más amenos de Galicia.

Se trata de una cista de forma rectangular, de 1,50 m x 0,90 m x 0,60 m de profundidad, orientada E-O y formada por cuatro losas de esquisto, tapada con, por lo menos, dos losas del mismo material; probablemente sea una cista de inhumación y, dadas las dimensiones, el cadáver tendría que estar en posición flexionada. Estaba construida sobre un foso excavado directamente en el sustrato mineral según Méndez Fernández y, posiblemente, sin estructuras superpuestas que dejaran huella en el paisaje.

La cronología del uso de las cistas como forma funeraria presenta una gran amplitud, que va desde el Calcolítico del III milenio a la Edad del Bronce, en un momento de notable diversidad en cuanto a dimensiones y formas, pero siempre siguen un mismo patrón, como son los casos conocidos de Agro de Nogueira -pentagonal-, Gandón -trapezoidal-, o rectangular como nuestro ejemplo, que cuenta con numerosos paralelos tanto en el norte de Portugal como en Galicia: A Devesa de Abaixo, A Insua, A Roza, Bicos de Lago, Biobra, Chedeiro, Gandón, Monte dos Cregos, O Cubillón, Pedra da Xesta o la de Praia da Rola, esta última de dimensiones más reducidas.

En su interior, y después de unos estudios pormenorizados por parte de la doctora Pilar Prieto y de Laure Nonat, se comprobó que los fragmentos recogidos formaban parte de cuatro recipientes diferentes, pero de formas semejantes, con una capacidad que oscila entre 0,19 y 1,2 litros. Los cuatro tienen un perfil troncocónico, el fondo plano y el ángulo de arranque del cuerpo redondeado; las paredes del cuerpo son oblicuas al exterior y terminan en un borde abierto de labios redondeados. Quizás los cuatro tenían asa, aunque solo la conservan dos de ellos. Las cuatro fueron modeladas de manera parecida; son de sección plana y ocupan prácticamente todo el vaso, y los engastes pegados con barbotina son ligeramente más anchos que el cuerpo central del asa. Los cuatro vasos fueron realizados a mano mediante la técnica de urdido a base de rollos, y su textura no es excesivamente compacta. Como desgrasante se utilizó un grano pequeño y mica distribuidos de modo irregular por toda la mezcla arcillosa. El color superficial exterior es marrón claro con un acabado bruñido medio, siendo más tosco en el interior. La fractura de la pasta muestra una cocción oxidante, a una temperatura que oscila entre los 500° y los 1100°; la parte exterior es rojiza y la interior negruzca. En cuanto a su forma, como de campana, podemos rastrearla en la necrópolis de O Chedeiro, A Pedrosa, o en el gran vaso aparecido en el yacimiento próximo de Santa Marta de Lucenza, también en el sur de Ourense, pero sobre todo se encuentran recipientes semejantes en el norte de Portugal, como los hallados en la cista de Meixedo, Gorgolão, Corvihlo, Touredo, Lomba de Coimbró o la mámoa de Terranha. Hasta el momento este tipo de vasos no aparece asociado a restos metálicos; sin embargo, nunca aparecen solos, suelen ir acompañados de otros vasos semejantes, formando parejas, como es el caso de esta cista, o aparecer con otras formas diferentes. Por lo que parece, sus características formales se circunscriben a un área geográfica concreta que comprende todo el sur de la provincia de Ourense y el norte de Portugal.

Los análisis efectuados a los cacharros de A Forxa confirman que fueron realizados con el mismo tipo de pasta, ya que su factura procede de minerales similares. El mineral principal es el cuarzo, seguido de rocas ígneas, siendo los feldspatos potásicos los menos abundantes. La proporción de haloisita, materia prima cerámica muy plástica, es también abundante, así como los minerales pertenecientes a la clase de los silicatos. Es precisamente la presencia de anfíboles lo que permite

concluir a los investigadores que el origen de su pasta no es local, ya que no se encuentran mineralogías anfibólicas en los alrededores. Aunque está pendiente un estudio más detallado, no se descarta un origen de carácter comarcal, posiblemente del norte de Portugal, lo que supondría una importación de materiales.

En el interior de los cuatro recipientes se encontró abundante materia orgánica carbonizada que podría indicar una misma funcionalidad para todos los recipientes, en opinión de la doctora Pilar Prieto. Uno de ellos fue analizado, obteniéndose una cronología de 1746–1523 a. C., del Bronce Inicial o del Bronce Medio según la cronología tradicional. Además, se analizaron los contenidos de dos recipientes y los resultados obtenidos en ambos fueron oxalato, almidones afectados por el malteado y ataques enzimáticos, fermentos y fitolitos de cereales que se interpretan como cerveza, por lo que nos encontramos con los recipientes más antiguos de Galicia con contenido de esta bebida. La cerveza se encuentra frecuentemente en la Península Ibérica desde el Bronce Inicial; en concreto, para este momento de la prehistoria es frecuente en vasos campaniformes profusamente decorados. En el caso de que en las vasijas de la cista de A Forxa apareciesen restos de alcohol, podría estar indicando una nueva forma de ostentación de poder, un canon para un ritual complejo en el que el alcohol probablemente jugara un papel central; si a esto unimos que los recipientes de A Forxa parecen hechos específicamente para el funeral y, por lo tanto, no se usaron cotidianamente, estaríamos ante una cerámica realizada para una liturgia funeraria concreta. Por otra parte, el hecho de utilizar diferentes alcoholes en rituales funerarios no deja de ser común en muchas culturas, donde derramar vino o beberlo formaba parte de los diferentes ritos y ceremonias que acompañaban tanto a los vivos como a los muertos en su viaje al más allá. Por otra parte, desde el Bronce Final no solo se documenta su uso sino también las diferentes fases de fabricación de este producto, como es el caso del yacimiento catalán de Genó, descubierto en 1955 gracias a los trabajos de R. Pita Mercé.

Sirvan estas líneas como recuerdo a cuantos niños y niñas de Vilariño, que jugaron y retozaron muy cerca de esta tumba, quizá por encima de ella. Sabían que sobre unas rocas que había detrás de la escuela, los mayores contaban leyendas de cuevas, antas y santos quemados, y moros, pero nunca pudieron adivinar que casi 4000 años antes, y no muy lejos de donde ellos se recreaban, había sido enterrado alguien especial, al menos tan especial como ellos eran.